

Reforma Ortográfica ¿Para bien o para mal?

Gladys Dávalos Arce, poeta y escritora orureña

(Primera de dos partes)



Hace unos años, el siguiente texto redactado por un Premio Nobel, causó gran revuelo, pues sugería nada menos que la «jubilación de la ortografía»

Botella al mar para el dios de las palabras Gabriel García Márquez

A mis doce años de edad estuve a punto de ser atropellado por una bicicleta. Un señor cura que pasaba me salvó con un grito: ¡Cuidado!. El ciclista cayó a tierra. El señor cura, sin detenerse, me dijo: ¿Ya vio lo que es el poder de la palabra? Ese día lo supe. Ahora sabemos, además, que los mayas sabían desde los tiempos de Cristo, y con tanto rigor, que tenían un dios especial para las palabras.

Nunca como hoy ha sido tan grande ese poder. La humanidad entrará en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. No es cierto que la imagen esté desplazándose ni que pueda extinguirlas. Al contrario está potenciándose: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. Palabras inventadas, maltratadas o sacralizadas por la prensa, por los libros desechables, por los carteles de publicidad, habladas y cantadas por la radio, la televisión, el cine, el teléfono, los altavoces públicos; gritadas a brocha gorda en las paredes de la calle o susurradas al oído en las penumbras del amor.

No; el gran derrotado es el silencio. Las cosas tienen ahora tantos nombres en tantas lenguas que ya no es fácil saber cómo se llaman en ninguna. Los idiomas se dispersan sueltos de madrina, se mezclan y confunden, disparados hacia el destino ineluctable de un lenguaje global.

La lengua española tiene que prepararse para un ciclo grande en ese porvenir sin fronteras. Es un derecho histórico. No por su prepotencia económica, como otras lenguas hasta hoy, sino por su vitalidad, su dinámica creativa, su vasta experiencia cultural, su rapidez y su fuerza de expansión, en un ámbito propio de diecinueve millones de kilómetros cuadrados y cuatrocientos millones de hablantes al terminar este siglo. Con razón un maestro de letras hispánicas en los Estados Unidos ha dicho que sus horas de clase se le van en servir de intérprete entre latinoamericana-

nos de distintos países. Llama la atención que el verbo pasar tenga cincuenta y cuatro significados, mientras en la república del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual masculino, y en cambio la palabra condoliente, que se explica por sí sola, y que tanta falta nos hace, aún no se ha inventado. A un joven periodista francés lo deslumbran los hallazgos poéticos que encuentra a cada paso en nuestra vida doméstica. Que un niño desvelado por el balido intermitente y triste de un cordero dijo «Parece un faro». Que una vivandera de la Guajira colombiana rechazó un cocimiento de toronjil porque le supo a Viernes Santo. Que Don Sebastián de Cobarrubias, en su diccionario memorable, nos dejó escrito de su puño y letra que el amarillo es el color de los enamorados. ¿Cuántas veces no hemos probado nosotros mismos un café que sabe a ventana, un pan que sabe a rincón, una cereza que sabe a beso?

Son pruebas al canto de la inteligencia de una lengua que desde hace tiempos no cabe en su pellejo. Pero nuestra contribución no debería ser la meterla en cintura, sino al contrario, liberarla de sus fierros normativos para que entre en el siglo veintiuno como Pedro por su casa.

En este sentido, me atrevería a sugerir ante esta sabia audiencia que simplifiquemos la gramática antes de que la gramática termine por simplificarlos a nosotros. Humanicémos sus leyes, aprendamos de las lenguas indígenas a las que tanto debemos lo mucho que tienen todavía para enseñarnos y enriquecernos, asimilemos pronto y bien los neologismos técnicos y científicos antes de que se nos infiltren sin digerir, negociemos de buen corazón con los gerundios bárbaros, los que endémicos, el dequeísmo parasitario, y devolvamos al subjuntivo presente el esplendor de sus esdrújulas: váyamos en vez de vayamos, cántemos en vez de cantemos, o el armonioso muéramos en vez del siniestro miramos. Jubilemos la ortografía, terror del ser humano desde la cuna: enterremos las hachas rupestres, firmemos un tratado de límites entre la ge y jota, y pongamos más uso de razón en los acentos escritos, que al fin y al cabo nadie ha de leer lagrima donde diga lágrima ni confundirá revolver con revólver. ¿Y qué de nuestra be de burro y nuestra ve de vaca, que los abuelos españoles nos trajeron como si fueran dos y siempre sobra una?

Son preguntas al azar, por supuesto, como botellas arrojadas a la mar con la esperanza de que les lleguen al dios de las palabras. A no ser que por estas osadías y desatinos, tanto él como todos nosotros terminemos por lamentar, con razón y derecho, que no me hubiera atropellado a tiempo aquella bicicleta providencial de mis doce años.

El tema es serio, pues aunque no se crea, la ortografía puede cambiar el curso de una vida, ser motivo de intensas discusiones políticas, así como de rompimientos amorosos radicales. De niña, me impresionó mucho el hecho de que una hermosa tía mía, rompiera sin peslañear con un pretendiente que le había escrito una carta de amor, que ella le devolvió con ese lápiz rojo de tinta tan odiosa, que cuando se mojaba con la punta de la lengua manchaba la hoja entera como ríos de sangre y que usaban los maestros en el siglo pasado con alto sentido sádico. El joven enamorado cometió tantos errores ortográficos como para que tía sacara la conclusión de que el muchacho en cuestión no tenía una educación lo suficientemente sólida como para merecerla, ni siquiera como enamorada.

De modo que las reacciones a la propuesta de García Márquez salieron «desde el alma» de varias personas, como las de Mempo Giardinelli escrita en «Página/12», (11 de abril de 1997), arguyendo que «la propuesta de jubilar la ortografía es un disparate que aplaudirán sólo

aquellos que hablan mal y escriben peor». Él sugiere que lo que hay que hacer es «mejorar el nivel de los docentes. La falta de reglas y el desconocimiento de ellas es el caos, la disgregación cultural» y, para finalizar, propone «eliminar la absurda policía del lenguaje en que se ha convertido la Real Academia, democratizándola». Raúl Ávila, investigador del Colegio de México, presente en el mencionado Congreso de la Lengua en Zacatecas, se adueña de lo dicho por el académico español Julio Casares, argumentando más bien que: «La ortografía académica no es razonable. Cuando una ley puede ser involuntariamente infringida por quien pone todo su conato en acatarla, la culpa no es del infractor, sino de la ley». Los grupos de letras que transcriben un solo fonema y los niños que proceden de capas sociales bajas o del campo, son el lado problemático. La solución estaría, según Ávila, en «fonologizar la escritura», es decir, atribuir una letra para cada sonido y un sonido para cada letra. En su afán de «simplificar» las cosas, ha propuesto un «alfabeto internacional hispánico» basado en las diferentes formas de hablar español y que las integra a todas». El nuevo alfabeto consta de 25 letras, sacando la ce, la hache, la cu, la ue, la uve doble y la equis y se incluye la letra sh. El contexto determina el significado en caso de presentarse homónimos. El argumento más fuerte en contra es que la comunicación escrita entre los hispanohablantes se vea en dificultades, por tratar de adaptar la ortografía a cada uno de los matices locales. La lingüista argentina Eva Tabakian, en cambio recordó que la escritura implica la existencia de un código. «Sin un código se cae en una anarquía que hace imposible la comunicación».

En cuanto al tema de la «jubilación», con medio mundo en contra, García Márquez, sólo atinó a decir: «Yo sólo pretendía humanizar la ortografía, sólo pedí la simplificación de la gramática, no la supresión».

(Continuará)

